

**Studia Ephemeridis Augustinianum 101**

**LA CULTURA SCIENTIFICO-NATURALISTICA  
NEI PADRI DELLA CHIESA (I-V sec.)**

**XXXV INCONTRO DI STUDIOSI DELL'ANTICHITÀ CRISTIANA**

**4-6 MAGGIO 2006**

**ESTRATTO**

---

**Institutum Patristicum Augustinianum  
Via Paolo VI, 25 - 00193 Roma  
2007**

## EL LAPIDARIO GRIEGO DE SAN EPIFANIO DE CHIPRE: MINERALOGÍA CLÁSICA Y TRADICIÓN BÍBLICA

*Ut nihil instituto operi desit, gemmae supersunt et in  
artum coacta rerum naturae maiestas, multis nulla  
parte mirabilior, tantum tribuunt varietati, coloribus,  
materiae, decori.*

(Plin., *nat. hist.* XXXVII, 1)

La tradición espiritual de la θεωρία φυσική, es decir, de la naturaleza como vía de acceso a un conocimiento espiritual de Dios<sup>1</sup>, ha dado lugar a toda una amplia literatura en Oriente y Occidente. Son numerosos los escritos de época patrística y medieval que tratan de la naturaleza en general, aunque en su mayor parte desde una óptica religiosa y alegórica, manteniendo una unión entre la vida espiritual y la naturaleza. En cambio pocos son los escritos que en época patrística abordan los procesos naturales desde un punto de vista científico y racional, si bien siempre para demostrar las manifestaciones de la sabiduría, del poder y de la bondad divina.

La Patrística fue muy respetuosa con el legado de la ciencia de la Antigüedad. A pesar de la observación y la síntesis resultó muy difícil abandonar las concepciones que venían avaladas por una larga tradición. La naturaleza era contemplada gracias a la tradición literaria bíblica y clásica, siguiendo los ejemplos de los grandes autores. En la edad patrística y en los siglos sucesivos hay testimonios que muestran dos líneas opuestas: por un lado están las versiones enciclopedísticas latinas que buscan una clasificación rigurosa (como la de San Isidoro en el libro XII de *Etimologías* o *De animalibus* de Alberto Magno) en la línea de la zoología moderna, y por otra los bestiarios medievales, en los que hay una reelaboración moralística y literaria para la preparación espiritual del alma. El *Lapidario* de San Epifanio de Chipre, que va a ser el objeto de nuestro estudio, conserva aún más interés por la ciencia natural que por el valor simbólico y espiritual de las piedras y es uno de los testimonios primitivos de ese interés científico, en este caso por la mineralogía, en la literatura patrística.

Hay que anotar, no obstante, que en el siglo IV tuvo lugar también el desarrollo alegórico del *Physiologus*, cuya autoría también ha sido atribuida

---

<sup>1</sup> Rom. 1, 20.

entre otras a San Epifanio<sup>2</sup> y que tiene como temática a animales, plantas y piedras. Pero este texto, que continúa en la tradición de los Bestiarios medievales, no es una obra primitiva de ciencias naturales, pues carece de todo interés científico. Su propósito es puramente espiritual expresado a través de la iconografía y la simbología, como veremos al final de este trabajo.

Uno de los ejemplos de esta antigua tradición de las correspondencias entre vegetales, animales, minerales y astros, pero en una línea no propiamente espiritual, sino científica, es San Epifanio de Chipre, un teólogo y escritor que reflexionó tanto sobre cuestiones dogmáticas como sobre exégesis y arqueología bíblica. Entre las obras atribuidas a este autor en esta última temática<sup>3</sup> figuran dos escritos sobre los que la autenticidad parece más clara, uno *Sobre las medidas y pesos* (*De mensuris et ponderibus*) y otro *Sobre las doce piedras* (*De gemmis*). El primero, del que se conservan veinticuatro capítulos en griego<sup>4</sup> y sesenta en siríaco<sup>5</sup>, trata del canon y de las versiones del Antiguo Testamento, de la geografía de Palestina y de los diferentes pesos. De la obra *Sobre las doce piedras*, que será el objeto de estudio de este trabajo, tenemos dos recensiones, dos breves en griego, y otra larga en latín compuesta en el siglo IV o V<sup>6</sup>. Junto a ella hay una serie de versiones, también breves y fragmentarias, en armenio, copto y etiópico, además otra georgiana más extensa.

El *Tratado sobre las doce piedras* fue compuesto por Epifanio al final de su vida, en torno al 394, en forma de carta para un obispo llamado Diodoro, seguramente Diodoro de Tiro. El texto completo fue conocido por Jerónimo, Procopio de Gaza, Facundo Hermianense y Atanasio Sinaíta, pero después del año 700 no hay testimonios del conocimiento del texto griego completo<sup>7</sup>. En un momento cronológico impreciso y de la mano de un autor anónimo se compone un epitomé griego, centrado casi exclusiva-

<sup>2</sup> La crítica moderna no acepta la autoría del *Fisiólogo*, como hace, por ejemplo, el traductor del griego al latín en 1587, Gonzalo Ponce de León.

<sup>3</sup> También se atribuyen a Epifanio otros escritos exegéticos, aunque su autenticidad tiene varios puntos de discusión; O. Bardenhewer, *Geschichte der altkirchlichen Literatur* III, München 1912, pp. 301-302.

<sup>4</sup> PG 43, 237-293.

<sup>5</sup> P. Lagarde, *Symmicta*, vol. II, Göttingen 1880, pp. 148-216, y J.E. Dean, *Epiphanius Treatise on weights and measures, the Syriac version*, Chicago 1935.

<sup>6</sup> PG 43, 321-366; edición de O. Günther, CSEL 35 (1898), 743-773. Existe una versión latina publicada por primera vez, con una serie de notas, por Fr. Foggini en Roma en 1743, *S. Epiphanius Salaminis in Cypro episcopi, de XII Gemmis rationalis summi sacerdotis hebraeorum liber ad Diodorum*. Migne reproduce el texto: PG 43, 322-366.

<sup>7</sup> R.P. Blake, *Epiphanius De Gemmis. The old Georgian version and the fragments of the Armenian version, and The Coptic-Sahidic fragments*, by H. de Vis, London 1934, p. CXXI.

mente en la descripción de la apariencia y de las propiedades de las piedras. Un extracto aún más breve fue realizado por Anastasio Sinaíta, que también añadió un resumen de lo relativo a las tribus de Israel. El original parece haber tenido el título Ἐπιφανίου ἐπισκόπου Κύπρου πρὸς Διόδωρον ἐπισκοπον Τύρου περὶ τῶν ἱβ' λίθων ἐν τοῖς στολισμοῖς τοῦ Ἀαρῶν βιβλίον, aunque por la referencia de San Jerónimo, de la versión latina y de la georgiana se le conoce por el título abreviado de Περὶ τῶν λίθων, *De gemmis*<sup>8</sup>. La primera epítome, en la que vamos a basar nuestro comentario, tiene su *editio princeps* en 1585 por Conrad Gesner, mientras que la segunda forma parte de la obra de Anastasio Sinaíta<sup>9</sup>. En ediciones posteriores se reproduce aquel texto con mínimas variantes, desde Dinford<sup>10</sup> hasta F. de Mély y Ch.E. Ruelle<sup>11</sup>.

El tratado se centra en la descripción de las cualidades y poderes de diversas piedras, pero no de cualquier piedra, sino de las doce gemas preciosas que llevaba el sumo sacerdote Aarón<sup>12</sup>. Por una parte, continúa la tradición de las numerosas compilaciones de lapidarios, que, aunque su origen es oriental, en Grecia se manifiesta en diversos escritos mineralógicos. Por otra parte, en San Epifanio hay que contar con la tradición judeo-cristiana: en el *Éxodo* (28, 15) se menciona el hecho de que el pectoral del Sumo Sacerdote estaba adornado con doce piedras preciosas, que pueden corresponder a las doce tribus de Israel o a los signos del Zodíaco. Además del relato simbólico y alegórico lo más importante es el catálogo mineralógico con exposición de las virtudes de las piedras, que demuestra un conocimiento científico mayor que el de otros testimonios patristicos. Este escrito, más que una exégesis alegórica, como las que podemos leer en Clemente de Alejandría y Basilio de Cesarea, intenta presentar de un modo pseudo-científico una descripción de las piedras y sus propiedades.

Como ya hemos indicado, el testimonio sobre tales piedras parte del *Éxodo* 28, 15, donde entre las normas que se dan para la construcción del

<sup>8</sup> Por su parte Anastasio Sinaíta y Facundo Harmianensis consideran el texto como una carta titulada Πρὸς Διόδωρον.

<sup>9</sup> La segunda versión es recogida por Anastasio Sinaíta con el título Ἐρωτήσεις καὶ ἀποκρίσεις περὶ διαφόρων κεφαλαίων ἐκ διαφόρων προσώπων (*Quaestiones* 40 y 46), si bien se halla de forma separada en manuscrito. J. Gretser lo publicó por primera vez en Ingolstadt en 1617. Migne reproduce el texto: PG 79, 311 ff.

<sup>10</sup> *Epiphani, Lipsiae* 1861.

<sup>11</sup> Vol. II, pp. 193ss.

<sup>12</sup> Las magníficas vestiduras que el sumo sacerdote portaba en el ejercicio de sus funciones sagradas es algo que se destaca en las fuentes bíblicas; *Aristeas* 96-99; *Philo, Mos.* II 23 (109-126; 135), *Spec.* I 16 (82), 17 (97); *Yom.* 7, 5; *Hier., ep. ad Fabiolam* 10-18.

templo y los ornamentos sagrados de los sacerdotes se incluye una serie de indicaciones sobre el pectoral y las piedras que en él deben aparecer. En *Éxodo* 39, 10-13 se precisa que se trata de los ornamentos del Sumo sacerdote. Por su parte, en *Ezequiel* 28, 13, en el tercer oráculo contra el rey de Tiro se incluye esta enumeración de piedras preciosas: «en el Edén, jardín espléndido, habitabas; toda suerte de piedras preciosas eran tu vestido: sardónices, topacios y jaspes, crisolitos, ónices y berilos, zafiros, carbunclos y esmeraldas y oro». Sólo hay diez piedras, en lugar de las doce del pectoral del sumo sacerdote. Este valor simbólico de las gemas vuelve a aparecer en *Apocalipsis* 21, 18 en la descripción de la Jerusalén mesiánica los asientos de la muralla están adornados de toda clase de piedras preciosas con el número doce como referencia: «Y el material de su muralla era Jaspe; y el de la ciudad, oro puro, semejante al vidrio puro; las bases de la muralla estaban adornadas con toda clase de piedras preciosas...». El número doce es claramente alegórico y simbólico. La perfección queda reflejada en la totalidad del pueblo: a las doce tribus de Israel le corresponden los doce Apóstoles<sup>13</sup>. A su vez las piedras preciosas dan una impresión de solidez y esplendor, reflejo de la gloria divina. Por ello en las visiones simbólicas de esplendores futuros, la nueva Jerusalén estará asentada en piedras preciosas, carbunclos y zafiros<sup>14</sup>.

Dado que los epítomes griegos son muy breves, la comparación entre las diversas versiones nos pueden dar idea de cómo era la totalidad del tratado. Los extractos presentan no sólo diferencias verbales, sino que añaden y desarrollan determinadas partes sobre otras. Mientras que la versión armenia es incompleta y el copto fragmentario, el texto latino y el georgiano, que son los más extensos, permiten establecer las siguientes partes: Epístola introductoria, propiedades de las piedras, interpretación alegórica de las piedras, varias clasificaciones de las tribus de Israel y, finalmente, la identificación del monte Garizim y Ebal. La versión griega no contiene la interpretación alegórica ni referencias al monte Garizim, además de abreviar considerablemente los otros apartados. En georgiano, copto y armenio tenemos la interpretación alegórica de las piedras, que está ausente en latín y en griego, mientras que la discusión sobre los diferentes tipos de clasificación de las tribus está en latín y copto, pero no en georgiano y griego.

Los epítomes dan una forma abreviada del texto original, si bien mantienen la sección más importante, más extensa y la que da nombre al escrito, es decir, la referida a las doce piedras. A pesar de la brevedad del

<sup>13</sup> *Mt.* 19, 28; *Mc.* 3, 14; *Eph.* 2, 20.

<sup>14</sup> *Is.* 54, 11-12.

epítome griego los conocimientos de San Epifanio sobre cada una de las piedras preciosas son muy completos. Las cuatro filas de piedras del pectoral son las siguientes: la primera fila, con el sardio o sardónice<sup>15</sup> babilonio, σάρδιος ὁ Βαβυλώνιος (*Sardius Babylonius*), el topacio, τοπάζιον (*Topazius*) y la esmeralda, σμάραγδος (*Smaragdus*); la segunda, con el rubí o carbunclo, ἄνθραξ (*Carbunculus*), el zafiro, σάπφειρος (*Sapphirus*), y el jaspe, ἴασπις (*Jaspis*); la tercera, con el ligyrio, lyncurio o ámbar, el ágata, ἀχάτης (*Achates*), y la amatista, ἀμέθυστος (*Amethystus*); y la cuarta, con el crisolito, χρυσόλιθος (*Chrysolithus*), el berilo, βηρύλλιον (*Beryllus*), y el ónix u ónice ὄνυχιον (*Onychium*)<sup>16</sup>.

Tras esta serie de doce piedras se añade una décimo tercera, el diamante<sup>17</sup>, que el sumo sacerdote llevaba sólo tres veces al año, en Pascua, en Pentecostés y en los Tabernáculos<sup>18</sup>. En este caso el texto especifica la indumentaria del sumo sacerdote y la colocación del diamante. A la derecha y a la izquierda de los pechos colgaban dos esmeraldas. En medio de ellas el diamante<sup>19</sup>, del color del aire<sup>20</sup>, y sobre los hombros las doce gemas mencionadas antes. Así aparecía el sumo sacerdote tres veces al año ante el pueblo con una lámina de oro. La piedra se volvía negra si estaban en pecado y no seguían los preceptos de Dios. Y se volvía de color de la sangre cuando los enviaban a luchar con la espada. El autor recoge la noticia de lo ocurrido con Zacarías en la Pascua y del brillo de esta piedra que anunciaba el nacimiento de Juan como mensajero de Cristo.

La estructura de este texto sobre el diamante es muy diferente a las anteriores descripciones de las doce piedras. Se añaden, además, citas bíblicas textuales que en absoluto aparecen en la recensión anterior: *Jeremías*

<sup>15</sup> El sardónice es más bien una mezcla de sardio y ónix; cf. Isid., *etym.* XVI 8, 2-4.

<sup>16</sup> Esta distribución de piedras preciosas no coincide con la expuesta en Flavio Josefo, *Bell.* V 234, ni con *Ant.* III 168, ni con la de *Ex.* 28, 17-20. En cambio, la serie es idéntica en los pasajes correspondientes de la *Septuaginta*. No obstante hay que tener en cuenta que la identificación de algunas de estas piedras es insegura.

<sup>17</sup> Teofrasto 18 lo menciona en relación con el ántrax. En el *Fisiólogo* se habla en dos ocasiones de esta gema, 24 y 47, destacando el hecho de que se halla en las regiones de Oriente, que nada puede domarla, ni el hierro, como el Señor, que juzga a todos pero no es juzgado por nadie, que ahuyenta al diablo y con ella se puede vencer a todo hombre y animal, como ocurre con el Señor.

<sup>18</sup> Foggini no cree que este fragmento pertenezca a San Epifanio. Esta piedra preciosa no se cita ni en la Biblia ni en Flavio Josefo.

<sup>19</sup> Para Plinio (*nat. hist.* XXXVII, 55) el diamante es entre los bienes del hombre, y no sólo entre las piedras preciosas, el máspreciado, patrimonio exclusivo durante tiempo de algunos reyes.

<sup>20</sup> Color del hierro y el brillo del cristal; Isid., *etym.* XVI 13, 2-3.

15, 1-2, *Nahum* 2, 1-12, *Lucas* 1, 21-22. Más bien se trata de un texto complementario de los anteriores, pues especifica claramente la vestimenta del sumo sacerdote, el lugar de las piedras, la asignación a las tribus, etc., repitiendo en casos contenidos de la redacción precedente. Es un texto aparte no sólo por estas razones, sino por el hecho de que se dedica casi exclusivamente a una piedra, que rompe el número mágico y simbólico de doce.

El texto griego finaliza con la enumeración de las doce tribus de Israel y la asignación de las correspondientes piedras a cada una de ellas, mencionando los hijos de Jacob con sus respectivas madres.

Por tanto, la sección más importante, más extensa y la que da nombre al escrito es la referida a las doce piedras. A pesar de la brevedad del epítome griego los conocimientos de San Epifanio sobre cada una de las piedras preciosas son muy completos. Los aspectos recogidos son similares en todas las gemas y presentan el siguiente esquema: nombre de la piedra, precisando en casos otros nombres por los que también se las conoce; su forma, aspecto, color, el parecido con otras piedras e incluso se dan indicaciones de cómo encontrar y distinguir la piedra; su lugar de procedencia; las propiedades médicas y veterinarias; variantes locales y subtipos de piedras; se recogen usos y tradiciones en relación con las piedras en diferentes pueblos y en personajes famosos, así como mitos donde aparecen piedras. La tradición judía está, lógicamente, presente. En la descripción de la esmeralda, por ejemplo, se señalan varios tipos: una de ellas se produce en Judea y otra en Etiopía. En concreto se originan en el río Pisón, llamado por los griegos Indo y por los bárbaros Ganges. Allí se produce el carbuncló y el prasio<sup>21</sup>. Esta afirmación se atribuye a Moisés en la versión latina, por referencia a *Génesis* 2, 12 en la descripción del paraíso: «allí se da también el bedelio y la piedra de sóham (ónice)». En el final de la descripción del zafiro se indica: «Está escrito en la ley que la visión que se le apareció en el monte a Moisés y la ley que se le dio se dice que estaba hecha de la piedra del zafiro». En *Éxodo* 24, 10 se dice en la ratificación de la alianza que Moisés, Aarón, Nadab, Abihú y setenta de los ancianos de Israel contemplaron a Dios que bajo sus pies había como un pavimento de baldosa de zafiro y semejante en claridad al mismo cielo.

Junto al elemento judío no se olvida la tradición mitográfica griega, en la que las piedras pueden tener también su protagonismo. Por ejemplo en el zafiro se añade: «En la India dicen que hay un templo de Dioniso que tiene trescientos sesenta y cinco escalones de piedra de zafiro. También se insertan referencias a personajes de la historia y su relación con deter-

<sup>21</sup> Plin., *nat. hist.* XXXVII, 113.

minadas piedras. Tal es el caso de la esmeralda, que puede llamarse neroniana o domiciana debido al uso que de ella hacían estos emperadores. Es interesante destacar la forma de introducir este tipo de noticias sobre las piedras: λέγεται, φασιν, es decir, una noticia que procede de una vía oral, en el caso de las tradiciones griegas, y γέγραπται en el de las judías, donde consta por, es decir, en las Sagradas Escrituras. Así podemos leer al final de la esmeralda: λέγεται δὲ καὶ παρὰ τοῖς μυθοποιοῖς προγνώστικὸς o en el caso del jaspé: ὡς δὲ τοῦτο ἠκούσαμεν εἶναι φαντασίας, ὡς οἱ μυθολόγοι λέγουσιν.

Los conocimientos sobre mineralogía son importantes en el autor, pues hace en numerosos casos referencia a fisiólogos anteriores. Comentaremos con algo más de detalle el caso del ambar o *lyncurium*. El término λιγύριον, que no aparece en los tratadistas griegos anteriores, pero sí en los pasajes bíblicos mencionados de la *Septuaginta*, como *Éxodo* 28, 19 y 36, 19 y *Ezequiel* 28, 13<sup>22</sup>. En Flavio Josefo la situación es similar, pues en la *Guerra de los judíos* V, 234 leemos la forma bíblica λιγύριον y en *Antigüedades judías* III, 168 su variante en sustantivo λίγυρος. En cambio San Epifanio reconoce que en los autores griegos aparece λαγκούριον («λαγκούριον en forma dialectal», dice expresamente). En realidad la forma que consta en Teofrasto, por ejemplo, es λυγγούριον<sup>23</sup>. El traductor latino (I. Ierotarantino) anota *ligyrius vel lyncurius gemma*<sup>24</sup>. Antes de Epifanio y Jerónimo son diversos los autores que han tratado sobre esta piedra, con el nombre de λυγγούριον, *lyncurium*, como Teofrasto, Aristóteles, Eliano, Plinio<sup>25</sup>, Estrabón<sup>26</sup>, Sexto Empírico<sup>27</sup>, Solino, Dioscórides<sup>28</sup>, Pseudo-Dioscórides<sup>29</sup>, Ovidio o Pselo. El nombre de la piedra parece proceder de su lugar originario, Liguria, y se le confunde con el ámbar. San Epifanio comenta lo siguiente: las Escrituras cambian los nombres, como ocurre también con la esmeralda verde. Tampoco se acordaron del jacinto, que es una piedra hermosa y conocida por todos. Tal vez se llame con el nombre de ligurio al jacinto, que se parece a la lana y tiene el color de la púrpura algunas veces.

<sup>22</sup> Los manuscritos dan la forma λιγύριον, aunque la edición de Gesner propone λυγκούριον.

<sup>23</sup> *Lap.* XXVIII 1; XXXI 1.

<sup>24</sup> Hier. (*ep. ad Fabiolam* 17) anota *Scrutans eos, qui de lapidum atque gemmarum scripsere naturas, ligurium invenire non potuit*. Algunas ediciones tienen *lyncurium*.

<sup>25</sup> *Nat. hist.* XXXVII, 2.

<sup>26</sup> 4, 5.3 y 6.2.

<sup>27</sup> *Pyrr.* 1, 119. El texto alude a la etimología según la cual el término griego λυγγούριον significa "orina de lince".

<sup>28</sup> *De arte medica* II 8, 1.

<sup>29</sup> *De lapid.* X 1.

Como ya anotamos al inicio de este artículo, San Epifanio se inserta en una larga y consolidada tradición lapidaria, que se inicia ya con Aristóteles<sup>30</sup>. No obstante, la selección de las doce o trece piedras es menor que la que podemos encontrar en Teofrasto o en el Pseudo-Dioscórides. De la larga serie de ochocientos veintisiete elementos de este último, entre los que hay noventa piedras, sólo el zafiro (139) y el jaspe (142) coinciden con la selección mineralógica de San Epifanio.

De las doce gemas de San Epifanio sólo hay tres que no son ni mencionadas por Teofrasto, el topacio, el berilio y la crisolita. El autor se detiene principalmente en la esmeralda (IV 23-28), el *lungurium* (V 28-32) y el antrax (III 18), si bien en la descripción de estas piedras para comparar menciona en varios lugares el zafiro (I 8, IV 23, VI 33), el diamante (III 18), el jaspe (IV 23, VI 33), la amatista (V 28) y el sardio (III 18, IV 23)<sup>31</sup>. Por su parte, en el *Lapidario órfico* están también incluidas el jaspe (268), el topacio (280), el ópalo (282), el ágata (610-645). En este caso no hay apenas descripción de las piedras, sino de sus propiedades mágicas, como el jaspe para atraer la lluvia y dar alegría, el ópalo para proteger los ojos, el ágata para la picadura de escorpión, para que un hombre sea deseable a una mujer y para curar enfermedades.

Donde sí encontramos la totalidad de gemas citadas por el Santo de Chipre es en la *Historia natural* de Plinio, cuyos cinco últimos libros están dedicados a los elementos naturales extraídos del subsuelo. Plinio tuvo el mérito de servir de transmisor de la mineralogía antigua a lo largo de toda la Edad Media<sup>32</sup> y el Renacimiento.

En las piedras coincidentes la comparación entre las descripciones de Pseudo-Dioscórides, Teofrasto, el *Lapidario órfico*, Plinio y San Epifanio no muestra apenas coincidencias que puedan señalar una dependencia clara, sino que más bien el autor chipriota ha sabido ser original. Incluso la descripción de las piedras que aparecen en el fisiólogo difiere bastante de la que se observa en el *Lapidario* de San Epifanio: la ágata y margarita (44),

<sup>30</sup> *Met.* III 378a ss.

<sup>31</sup> Hay noticia de otros escritos de Teofrasto sobre cuestiones relacionadas con esta temática (Diógenes Laercio 42 y 49). Por otra parte hay que poner en relación varias de las teorías mineralógicas de este tratado con los *Meteorológicos* de Aristóteles (III 378 y ss); cf. Theophrastus, *De lapidibus*, edición de D.E. Eichholz, Oxford 1965, pp. 3-5.

<sup>32</sup> Tal es el caso del libro XVI de las *Etimologías* de San Isidoro, dedicado a la mineralogía, metales, pesos y medidas. La fuente más probable es la *Historia natural* de Plinio, pero no en su versión completa, sino a través de algún resumen que era considerado ya como un manual de mineralogía o botánica; cf. F. Brunhölzl, *Geschichte der lateinischen Literatur des Mittelalters*, I, München 1975, p. 78.

la piedra sóstoros (óstreos) y la perla (44 b, 44 c), el diamante (32, 32bis, 42), la piedra índica (46, App. 11), el imán (38), la piedra fecunda (*eutokios*, 19, y 7) y las piedras lanzadoras de fuego (*πυροβόλοι* 37, 37bis)<sup>33</sup>. Realmente hay muy poca descripción de las cualidades de las piedras, más bien se cuentan anécdotas sobre ellas. Tampoco faltan comentarios alegóricos, como el de la perla espiritual, citando a *Juan* 1, 29, y la comparación de su búsqueda en el mar con la búsqueda del Señor. En el caso del diamante esta piedra es identificada con el Señor, de modo que si alguien la posee no sufrirá ningún mal. Se recuerda su valor como talismán, para ahuyentar el mal y luchar victorioso contra todo y todos.

El *Fisiólogo* hay que entenderlo desde la óptica de la mentalidad judeo-cristiana, donde tanto el mundo histórico como el natural dependen de Dios. Las plantas, las flores, los árboles, los animales, las piedras, las montañas, los planetas, etc. y, en general, toda la naturaleza son un camino para acceder a Dios. Por su parte, el *Lapidario* de San Epifanio de Chipre, que supera la simple mineralogía, pues realmente trata de piedras preciosas, es un testimonio de combinación de la doctrina cristiana y de la tradición bíblica judía con la mineralogía griega y latina, que inicia una larga y conocida tradición de lapidarios cristianos.

JESÚS-M<sup>a</sup>. NIETO IBÁÑEZ  
Universidad de León

---

<sup>33</sup> *Physiologus*, edición de F. Sbordone, Milano 1936 (reimpr. Hildesheim-New York 1991).